

## **Vanessa Vilches Norat**

Copyright © 2020. Vanessa Vilches Norat. This text may be archived and redistributed both in electronic form and in hard copy, provided that the author and journal are properly cited and no fee is charged.

### **Medir el territorio<sup>1</sup>**

En el Mapa del Caribe del Vizconde de Maggioto de 1519, el territorio tenía forma de pescadito, un pequeño rape o tal vez un lenguado, que antecedió un montón de puntos diversos sin importancia. Entonces la isla se llamaba San Juan. La Española, a su izquierda, absorbía toda la atención en el plano. *Spange La Isabella*, como aparece en el mapa del italiano, lleva un ribete de casi media pulgada alrededor de su forma. Así se distingue del resto de las islas mayores del Caribe. Era el centro del diseño del cartógrafo, y la había dibujado más grande e imponente que Cuba. No podría ser de otra forma; en aquel tiempo, La Española era uno de los primeros y más importantes centros de comercio marítimo del Reino en Ultramar. Para entonces, ya existían los asentamientos de Puerto Plata, Santiago, Santo Domingo y Concepción de la Vega en La Española.

El pescadito que era entonces San Juan en el mapa de Maggioto nada tiene que ver con la imagen rectangular del territorio de 100 por 35 millas que hoy georreferencia nuestra protagonista. Quiere olvidar el propósito de su empresa. Sabe que la pequeña región ha sido siempre un punto de entrada y salida cedido, así, sin empeño, como se da una cosa a la que no le tenemos uso, como se cede un estacionamiento o un asiento en la guagua. Lo difícil para la geógrafa será declarar que contribuye a ello. Algunos quieren obviarlo, pero

---

<sup>1</sup> Cuento publicado originalmente en *Geografías de lo perdido* (2018). San Juan: Ediciones Callejón.

un territorio, como un *mall*, es siempre un espacio donde los cuerpos se desplazan para consumir. Lo que cambia en la ecuación son el sujeto y el objeto. Cecilia Martínez no quiere aún delimitar su lugar en ese mapa.

De lo que sí tiene plena conciencia es de los equívocos sobre ese punto cartográfico. Piensa que la historia es más que conocida: la isla llamada como su capital por error, el territorio nunca reconocido, la confusión geográfica como el estado normal de un minúsculo punto estratégico en las coordenadas militares.

Mientras estudiaba geografía en la Complutense, sus profesores daban por seguro que venía de Costa Rica. Al principio Cecilia insistía en corregirlos. De hecho, los primeros meses se empeñó, y con su cara de sol les decía, «de Puerto Rico, profesor, no de Costa Rica». Pronto, harta de la broma constante que sucedía a la equivocación, «Ahhh, Puelto Lico», aprendió la lección: la geografía, como la lingüística, es ciencia imperial. Lo que olvida Cecilia es la rapidez con que la historia acepta la confusión sin reparos. Un buitre sobre la carroña sería aquí un buen símil.

Hoy, mientras revisa su mapa, repasa algunas de las imágenes de ese territorio. Ha coleccionado bastantes planos del país. Hay algo de fijación en su empeño. Lo mismo podríamos decir de su vocación como geógrafa: compensar la confusión por la exactitud de un mapa de GIS.

Posa los ojos en la imagen sepia, verde y arena de la pantalla. Es el mapa manuscrito a color de Champlain, que Israel le consiguió en la biblioteca John Carter Brown. Sabe dios qué maromas tuvo que hacer su amigo para usar su telefonito inteligente sin que la bibliotecaria de la Sala de Libros Raros lo viera. La imagen es preciosa. El territorio es un perfecto rectángulo que, mirado desde el Océano Atlántico, presenta la isla casi desierta, a excepción de la pequeña ciudad con El Morro, la fortaleza y seis hileras de calles organizadas en cuadrícula. Sin la precisión de la cartografía holandesa posterior, el dibujo es el *St. Iovan de Portericot* de 1599 en la mente del geógrafo francés cuando visitó a San Juan como capitán de navío mercante justo después de la invasión inglesa capitaneada por Sir George Clifford, conde de Cumberland, en 1598, y años antes de que fundara Quebec. Entonces la ciudad estaba desierta porque la mayoría había huido como pudo del ataque inglés. El verde de los árboles, que parecen pinos y palmeras, y de las siluetas de las montañas contrasta con el sepia de la tierra sin explotar aún. A Cecilia le

encanta la desproporción de la escala de la fauna y la flora. La divierten los animales, más bien mitológicos, que aparecen en la carta, como el perro-jabalí en el centro derecha o el minúsculo caballo de la izquierda. En el plano derecho, cerca de donde está identificado el puerto de Aguada, hay unas figuras humanas imprecisas. Son como las sombras de unos naturales casi tan altos como la gigante palma debajo de la que están colocados. Por supuesto, andan desnudos y son marrones. No es muy diferente de las fotos de los campesinos que trescientos años después tomará Marguerithe Arlina Hamm para su álbum *Porto Rico and the West Indies*. La fotografía es también ciencia del imperio. En el mapa de Champlain, la isla es todo promesa, una linda combinación de posibilidad y cuentos de camino en que un lápiz, una brújula y un compás ilustran cálculos matemáticos que concretan mundos e impresionan cortes. También la región era pura promesa en el álbum y en el diario de la periodista neoyorquina sobrecogida por el mestizaje de la nueva posesión de Estados Unidos a inicios del siglo XX.

Click, coloca el punto en el destino final, el Cerro Puntas. Click, yuxtapone las capas de información, click, la capa del sistema vial, click, los monumentos, click, los hoteles, click, los restaurantes, click, las tiendas. Poco a poco, establece la ruta: PR22, PR149 en Ciales, PR146 Ciales- Jayuya, PR 144 Bo. Coabey. Aún debe terminar el *story map*. Su calendario de Google le pita el recordatorio. Apaga la alarma del calendario. Contesta los mensajes de texto. «Empiecen sin mí, no he terminado. Carita triste». Lleva meses colocando los puntos en la imagen. Son mapas superpuestos sobre mapas superpuestos. La acumulación de datos sobre la isla es impresionante. La ruta se inicia en la Bahía de San Juan. Los recogerán en el muelle 15 de Isla Grande a las seis de la mañana y, desde allí, los llevarán a los destinos ecoturísticos: La Piedra Escrita y La Hacienda de Café. En la Hacienda almorzarán, verán el Museo del Café y observarán desde allí los Tres Picachos. Continuarán hasta Cerro Puntas y luego, si les da tiempo, los llevarán de sorpresa al Lago Guineo. Todavía le queda desarrollar la aplicación telefónica donde los turistas podrán ver la ruta y los puntos de destino con descripción e imagen. No sabe si tiene sentido perder tanto tiempo en ello, pero así se lo han pedido. No puede dejar de pensar en las caras de tedio ante el detalle. Se imagina la excursión. El interés de los visitantes dura lo que un segundo. Una vez los busquen en el muelle, el tropel de cuerpos ávidos de gratificación inmediata comenzará a tomar fotos sin mirar.

Para ella la región del recorrido es su padre. «Aquí veníamos de chicos, Ceci. ¿Ves esos terrenos?, señalando Coabey desde la ventana del carro, es la cuna de los nacionalistas, Ceci. Por aquí mis primos y yo corríamos a caballo, Ceci. Allí estaba la finca de los Canales. Más arriba la de los Massini. ¿Ves ese portón, Ceci?, da al bosque de Tres Picachos. Nosotros nos perdíamos por allí y muchas veces subíamos los picos. Desde arriba, se puede ver toda la costa este y sur, Ceci». El padre remataba con hilos de oro el cuento de su infancia con la historia del abuelo que escondió a los nacionalistas heridos en su colmado cuando la revuelta del 50. Todo eso lo sabía a pie juntillas la hija, pero las complicidades se solidifican en las puntadas dobles. Cecilia lo dejaba contar mientras discernía la hebra de magia, el filamento de dulzura, la fibra de orgullo en voz de su viejo. Ahora, se limitará a informar a los visitantes sobre los taínos y los petroglifos de La Piedra Escrita, el café de sol y de sombra y, con suerte, podrá hablar de cuando de pequeña su padre la llevó a los Picachos. Siete horas duró el camino al tope de la isla. Gran parte del trayecto lo hizo en los hombros de su padre. Él, con su mocho, cortaba las hirientes lamedoras del trillo mientras le enseñaba a distinguir el follaje del camino. Ella, mareada de verde y palabra, aprendía a reconocer los puntos oscuros en las hojas de la ortiga.

En el Plan Carretero de Puerto Rico de 1860, Jayuya era todavía un barrio de Utuado. Es hermoso este mapa, piensa la geógrafa, mientras atisba allí otras rutas. La sobriedad del conjunto y la promesa de hacer accesibles las zonas productoras del centro de la isla, la conmueven. Como si progreso fuera una palabra clave, se detiene a mirar las líneas que conectan Arecibo con Utuado y Adjuntas. En eso recibe un mensaje en su celular «Pichaera total. Carita furiosa». «Sorry, aún no he terminado. Te escribo cuando salga. No me esperes despierta. Carita con lágrima», fue su respuesta. «¿En serio? Dos caritas furiosas», le devuelve la pantalla. «Tenemos que terminar los planes de Culebra... ¡¡¡Quedan dos días y faltan cosas por decidir!!!! Tres caritas furiosas» «Decide por mí, baby. Tengo que acabar esto. Me someto. Carita con beso y carita con guiñada y boca abierta». «¡¡¡Siempre me haces lo mismo!!!!» Cinco caritas furiosas cerraron la conversación entre Ceci y Alma. Ya eran las once. En verdad estaba cansada y quería planificar sus vacaciones a Culebra, pero tenía que terminar la aplicación antes que atracara el crucero a las seis de la mañana.

Un lindo rompecabezas de goma espuma a colores es el mapa de *Porto Rico* de McNally de 1915, que tiene enmarcado en su oficina. Los setenta y ocho municipios parecen piezas intercambiables. Los colores domestican el plano. Lo conoce bien, fue el que se memorizó en tercer grado. Entre el Océano Atlántico y el Mar Caribe, los pedacitos anaranjados, rosados, verdes y amarillos se aglomeran en ese rectángulo con trompa que es *Porto Rico*. A la derecha, las islas de Culebra y Vieques, a la izquierda, el islote Mona. Jayuya aparece en este mapa como una pieza verde que incluye los barrios Jayuya Arriba y Abajo, Los Picachos, elevación 4,310, y que comunica con Utuado por la entonces carretera #17. Hasta allí llegará con el grupo de italianos que recogerá mañana jueves. Vienen a un congreso de biólogos; no hay que hacerse de ilusiones.

Cecilia Martínez puede ser un encanto. En su modo de intérprete, es hasta simpática. Hoy debe buscar el grupo de italianos. El jefe le dio la encomienda porque se trataba de científicos difíciles de impresionar. Llegó temprano a la bahía de San Juan. El chofer la recogió a las cinco en su apartamento. Repasaron juntos la ruta:

— Va a ser un día largo, Cecilia.

— Sí, no pierdas la paciencia, Pedro. A lo mejor hoy tenemos suerte. Son biólogos, deben tener más interés.

El conductor se ríe; sabe más por viejo que por chofer.

Una vez en la Bahía, Cecilia se baja de la guagua. Parada con el cartel de *Convegno di biologi*, espera a que atraque el crucero y los pasajeros desembarquen. Sombreros, gafas, camisetas, pantalones cortos, *flip flops*: la interminable fila de turistas le recuerda su propio desembarco en algún punto del Caribe.

Lo único redimible de aquel crucero fueron los siete amaneceres en el mar Caribe que admiró sobre cubierta. Aún conserva las fotos en su archivo digital. Lo demás le pareció una sucesión de pasos. Recuerda el puerto, la gente, las tiendas, las mesas de chucherías alrededor de la bahía. Nada que pueda identificar el lugar. Hace esfuerzos por acordarse del nombre de la isla. La barahúnda de gente, el sol de justicia, el calor imposible, los mercados, las tiendas, los quioscos, los puestos, los bazares. «Taxi, Taxi». Carteles de excursiones. Una plazuela. Hombres sentados en bancos a las nueve de la mañana. Una iglesia. Unos bellísimos ángeles negros en el retablo de la iglesia. No puede precisar si

Willemstad, si Charlotte Amalie, si Oranjestad, si Basseterre. Recuerda haber ido a un volcán. Recuerda pensar que la timaron. Recuerda decir, mientras subía a unas cascadas, «si es igual al Yunque». Recuerda ir a una playa bellísima y decir, «si se parece a Culebra». Recuerda oír muchas veces en todo el viaje, «estósíesvida». Recuerda que pensó, mientras subía la callecita empinada que daba a la sinagoga, «nunca olvidaré este lugar». También lo pensó en el Museo de la Esclavitud. Ese lo puede rastrear en Curaçao. Su mente no puede localizar las caras hastiadas de turistas de los viejos en la plaza. Los nativos tienen ojos que aborrecen a los viajeros como ella. La miran y le devuelven la mirada de su abuela. No pudo deshacerse de esos ojos, aunque no pueda encontrar en su mapa las coordenadas de esa mirada. Recuerda también el ron, las payasadas de los buzos que la acompañaron a la excursión de Scuba Diving, ahora no puede precisar si en Aruba o en Curaçao. Recuerda que esos hombres daban cuatro viajes al día. Recuerda que luego de dar las instrucciones para que los turistas se pusieran las chapaletas, la careta y toda la parafernalia que promete la visión del paraíso submarino, se reían entre ellos. Como debe ser, recuerda pensar. Deben estar aburridos del numerito, se decía mientras jugaba a la antropóloga. Deben burlarse de los turistas gordos, flacos, viejos, niños, blancos, amarillos, rojos, negros y azules en pose de buzos improvisados, se repetía cuando se pensaba diferente. Deben estar hastiados de servir el ron con piña, con coco, con jugo de frutas, con quenepas, con Coca cola. Recuerda la insistencia con que algunos de los buzos los querían hacer reír. Recuerda al hombre a su lado bebiendo ron con parcha a las diez de la mañana. Recuerda a su mujer diciéndole que parara de beber. Recuerda la respuesta del hombre, «a eso he venido, no molestes». Recuerda que esa respuesta la escuchó muchas veces durante los siete días en boca de mujeres, hombres, adolescentes. Recuerda preocuparse por el hijo de ese hombre. El niño tendría unos siete años. El niño quería bucear, por supuesto, para eso habían venido. «No sé nadar», le dice al padre con el vaso lleno. El padre se puso las chapaletas, como el hijo, se puso la careta, como el hijo, y se tiraron al mar. Recuerda alertar a uno de los buzos. Recuerda la cara del buzo con sonrisa de no sea ingenua, sabemos lo que hacemos. Recuerda en ese momento sentirse más turista que todos. De vuelta al puerto de no sabe si Charlotte Amalie, si Basseterre, si Oranjestad, si Willemstad, la madre tomaba un *selfie*. Madre, padre e hijo, sonrientes. «Estósíesvida» les escribirían a sus familiares, a sus amigos, a sus colegas, a sus compañeros de escuela en un mensaje de texto cuando enviaran las fotos a sus respectivos destinos.

Ahora la interpelan Ducio y Chiara Figuerolla.

—Bienvenidos, adelante. Allí está el autobús.

Luego serán Franco y Gema Baccaro, más tarde Massimo y María. Dará igual. Los nombres, los apellidos, los sobrenombres. Ella será Cecilia todo el día. Luego de tachar todos los nombres de visitantes en la lista, la geógrafa entra a la guagua y toma el micrófono.

—Bienvenidos a la Isla del Encanto.

Pudo haber dicho la Perla del Caribe y no pasaba nada. A lo mejor dijo el Edén o el Paraíso del Caribe. Da igual. Los nombres, los epítetos, las marcas particulares.

—Mi nombre es Cecilia Martínez y seré su guía en esta hermosa travesía. Pedro será nuestro chofer y se asegurará de que el viaje sea lo más placentero y seguro posible. Haremos un recorrido inolvidable por el centro de la isla. Tomaremos la PR 22 para desde allí coger la ruta hacia el Cerro Puntas, el pico más alto del país. Antes, veremos la cadena cársica, que se levanta en la zona norte de la isla. El carso es una elevación de piedra caliza...

Antes de terminar la oración, había perdido a más de la mitad de su público cautivo. La sonrisa de pena de Pedro le confirmaba el lugar en sus coordenadas. Ellos venían a vacacionar y la información debía ser tan refrescante y dulce como la piña colada que los esperaba en la tumbona entre las palmas del hotel. Cecilia continuó haciendo lo que no sabía hacer bien, entretener a los visitantes mientras la guagua tomaba el expreso hacia el este. Ya en ruta al interior, Pedro le tiró la toalla y se puso a cantar lo que saliera por la radio con tanta gracia y bullanguería que acaparó la atención de los pasajeros. Salsa, merengue, bachata, reguetón, salsatón, daba igual. Para los viajeros, los ritmos serían sucesiones del ambiente tropical, música de fondo en una fiesta patronal, tal vez ecos gastados superpuestos que dejan de asombrar. Ella aprovechó para cotejar sus mensajes de email antes de perder la señal de Internet.

Los ojos atentos de un niño sentado en la cuarta fila, le llamaron la atención. Se acercó al niño, que le preguntó:

—¿Veremos neblina hoy?

El corazoncito de Cecilia dio un salto.

—Es posible que la veamos cuando subamos por la Cordillera Central.

La intérprete se volvió un incontenible hormiguero de palabras sobre la condensación, los tipos de nubes y los bosques tropicales. Tanto fue el detalle que la madre, mareada por las curvas y las palabras, abandonó su asiento en la guagua y no pudo hacer otra cosa que decirle al niño con una sonrisa:

—Antonio, toma nota para que le cuentes a tu profesora de geografía.

Cecilia no se sintió mal por el desplante de la madre, estaba agradecida por el interés del niño. A veces, una pregunta es la recompensa por sus horas de estudio.

Una vez en la Hacienda de Café, algunos visitantes echaban un rápido vistazo a las máquinas, los documentos, el mobiliario y las fotos de mujeres y niños recogiendo el grano, expuestos en el pequeño museo. Los más degustaban café en la cafetería. Desde la vega de la Hacienda, Cecilia admiraba los tres montículos que se veían al norte.

—Esos son Los Tres Picachos, Antonio. Los subí por primera vez cuando tenía tu edad. Aún siento la sorpresa del calor de la cima...

El padre interrumpió el cuento para acaparar la atención del niño:

—Eeiii, Antonio, sonríe. Otra más, ahora con la guía.

La intérprete acerca su cuerpo al del niño. Le pasa el brazo por el hombro y sonríe a la camarita del teléfono que dispara el padre, pensando que, a lo mejor, Antonio el próximo año puede evocar la sensación del verde en sus ojos sin proponérselo demasiado.

—¿Qué café compro, Cecilia?, la interpela otro viajero.

Ya Cecilia iba a explicar la diferencia entre el caracolillo y el grano regular, entre el café de sol y el de sombra, cuando la cara de Pedro le vino a la memoria. Se rindió a las circunstancias.

—Cualquiera, todos son sabrosos.

De vuelta de la excursión, justo en Juana Díaz, Antonio se acerca a Cecilia para repasar los puntos del viaje. El niño toma notas en el teléfono, acotando la ruta del mapa virtual. Con el rápido movimiento del índice y el gordo amplía, una y otra vez, los segmentos de



la imagen en la diminuta pantalla. El espacio se agranda y se achica entre sus dedos en segundos. Mientras le va indicando las referencias, Cecilia, como si nada hubiese tenido que ver con ello, entiende la surrealidad de esa imagen tan precisa que da miedo. No pudo sino acordarse de su bisabuela paterna cuando le hablaba del primer programa que vio en el televisor. Más que nunca el territorio está al alcance de la mano.

El autobús llega a San Juan a las tres horas de salir de Jayuya. Frente al inmenso hotel del Condado, Pedro estaciona el vehículo. Desde la puerta, Cecilia se despide de los turistas. Abraza a Antonio y le susurra con ternura:

—No te olvides de mis montañas.

El niño le pide la dirección electrónica y le promete enviarle las fotos que ha tomado. Cecilia lo sigue con la mirada hasta que la pequeña figura se le pierde en la composición sin leyenda que es la terraza de un hotel.

El madrugón obligatorio que exige el viaje a Culebra es un ritual de purificación. Así por lo menos lo vive Cecilia el viernes de madrugada. Apenas durmió cuatro horas; está hecha polvo. El ritual no estaría completo sin el mapa de la isla que le regaló su padre el primer verano que vacacionaron en Culebra. Entonces, pegaron estrellitas sobre las playas visitadas: Flamenco, Punta Soldado, Tamarindo, Zoní. Ahora no hay tiempo para buscar lo perdido, pero Cecilia, algo desesperada, busca el folio estrellado. Hay quienes se aferran al papel. Hay quienes contemplan las formas, las líneas, las escalas, las leyendas como si de un antiguo arte de composición se tratara. Incluso, para éstos, el olor de los ácaros es un perfume que revela tiempo, paciencia y dedicación. A estas horas de la mañana, Alma no está para tan sutiles contemplaciones.

—Pichea, Ceci, vamos a perder la lancha. Mira que Tito ya está en Fajardo.

Como la niña enamorada de láminas y mapas del verso de Baudelaire, la geógrafa insistió por unos minutos más hasta convencerse de la futilidad de su gesto. Rebuscó en sus gavetas y sus mochilas, pero las circunstancias otra vez la hicieron rendirse. Tuvo que olvidarse del plano.

—Jelou, geógrafa, para eso está Google Maps. ¿Quién puede perderse en Culebra?

—Okei, okei, dale.

A las diez y media de la mañana habían llegado a Culebra. Estar en altamar alivió la pesada travesía en lancha. El azul, el salitre y el cambio de luz apaciguan el malestar que provoca el olor a diésel y la gritería sin fin de los pasajeros. Frente al puerto, las mesas de chucherías los recibieron. Comenzó para ellos la sucesión de pasos hasta la cabaña en la playa. Una barahúnda de gente con sombreros, pantalones cortos, camisetas, *flip flops*, trajes de baño se movía con ellos. El escenario era conocido: las tienditas, el calor imposible, los carteles de excursiones. «Flamenco, Flamenco.» Una plazuela a la derecha del puerto. Hombres sentados en unos bancos a las diez y media de la mañana. Unos religiosos predicando con altoparlantes a decibeles divinos, bajo un sol inclemente, a turistas y locales indiferentes. Cecilia, Alma y Tito tomaron una guagua-taxi que los llevó del puerto a su destino.

Una hora después, los tres amigos eran cuerpos felices en la arena. El color de la playa de Flamenco es indescriptible. No sé si es posible dar con la palabra que nombre esta tonalidad de verdemar. Quizás algún navegante haya atinado. De la brisa, sólo puede sugerirse su erótica caricia. De la arena, su suavidad en los dedos. Si fuera posible, ante este paisaje, los cuerpos volverían a ser sólo sentidos.

—Esto se jodió, anuncia a toda voz Alma. Esto se jodió. Miren esos catamaranes que vienen hacia nosotros.

—Esto se jodió hace tiempo, dijo Tito riéndose antes de sorber de la lata de cerveza.

Cecilia mira hacia el horizonte. En dirección al pequeño arrecife donde ella y sus amigos harían snorkel, se acercaban unos enormes catamaranes azules. Vio a los tripulantes tirar amarras y atracar cerca de ellos. Era tan poca la distancia que temió que los navíos chocaran con los corales. Antes de poder definir las formas de los cuerpos que saltarían de las proas, ataviados para bucear, había llegado el *Tumba la casa, mami*, que también traían las embarcaciones. Cecilia se sintió saqueada.

—Míralos, le dijo a Alma. Son todos iguales.

— Wao, qué *hater*, Ceci, dijo Tito. Vienen a pasarla bien, como nosotros. Tienen el mismo derecho, ¿no? Además, como bien sabes, bastante pagan por estar aquí. Ay, ya, la más ecológica. Siempre habla la que menos puede.

Cecilia se abochornó de su expresión. Quizás Tito tenía razón, pero no se le iba la sensación de invadida. No puede explicarse ante su amigo. No lo intentó, pero el incómodo sentimiento de nativa perduraba. Se acordó de su abuela, de los viejos sentados en las plazas de aquellas islas que su mente confunde.

Los turistas se iban acercando a la orilla donde ellos tenían sus sillitas de playa. Alma y Tito amablemente les contestaban sus saludos en inglés y en español. Cecilia proponía su antipatía como protesta. Decidió meterse al agua con tal de no tener que hablar con nadie.

Desde la playa, observó a sus amigos entablar conversación con una pareja de hombres que se les acercó. Cambió la mirada y se entretuvo viendo la fila de turistas que se tiraban al mar desde el catamarán. Contó treinta y siete. Se empeñaba en adivinar procedencias, género, clase social, historias. Pero desde donde estaba, el sol no le hacía fácil la clasificación.

Cansada de hacer un censo, decidió admirar los bancos de peces que la rodeaban. Pasaban rápidamente. La envolvían minúsculos pececitos plateados. Eran alargados, casi transparentes. No era la primera vez que los veía, pero no sabía sus nombres. Deseó tener consigo una cámara acuática. Podría retener la imagen, así se la enviaría a su sobrino más tarde. Buscarían juntos la especie en la aplicación de acuarios.

Cualquier movimiento de su cuerpo desviaba la dirección de los pequeños vertebrados. Se sintió una intrusa en el agua. Se quedó lo más quieta que pudo, pero la tentación de tocar los peces era demasiado fuerte y movió las manos, tratando de pescar alguno.

**Vanessa Vilches Norat** (Puerto Rico) es cuentista, ensayista y columnista. Ha publicado los libros de cuentos *Geografías de lo perdido* (Ediciones Callejón y Cuarto Propio, 2018), *Espacios de color cerrado* (Ediciones Callejón, 2012) y *Crímenes domésticos* (Cuarto Propio, 2007) y el de ensayos *De(s)madre o el rastro materno en las escrituras del Yo* (Cuarto Propio, 2003). Participa de la columna *Será otra cosa* del semanario *Claridad*. Sus columnas periodísticas han sido recogidas en *Del desorden habitual de las cosas* (Capicúa Editorial, 2015) y *Fuera del Quicio* (Santillana, 2008). Es profesora de lengua y literatura en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.